



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 31 DE DICIEMBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

## Lo que fue y lo que será

### Yerba de Anís

Carlos Alejandro

La mujer sacó de su alacena un bote viejo de vidrio en el que en lugar de café, el marido solía guardar ramitas de hierbanis. Tomó algunos palitos que colocó dentro de una taza negra y vertió sobre ellos agua caliente para que soltaran su olor como letanía rebosante en invocaciones, que terminaron por abrir la garganta de su marido, quien luego de beber, pronunció un ruido áspero que de inmediato se transformó en la voz clara de barítono que poseía: a los pocos minutos y allí mismo, frente a los congregados. Fue un silencio largo el invocado por los presentes, quienes admiraban cómo el cadáver no solamente había vuelto a abrir los ojos, sino también a pronunciar, primero palabras, luego frases completas en español. Parpadeó coquetamente y de sus ojos desbordó una negrura intensa que traspasó el techo y casi llegó al cielo, para luego descender pesadamente como granizo, deslumbrando la mirada de su propia familia, y quebrando el candado de sus labios y mejillas pestilentes:

-¿Dónde estoy? -preguntó el muerto, creyendo que fantaseaba.

-¡Estás vivo! -respondió la mujer.

Una de sus hijas había salido de prisa, dando aviso al pueblo entero. Algunos pensaron en encadenar el cuerpo con fuerza, y otros en liberarlo si eso ocurría; pero al final de las discusiones agradecieron la noticia. Para cuando treinta o cuarenta vecinos atiborraron la casa, la mujer le explicaba a su marido el mecanismo para preparar un té: con la muerte, lo había olvidado. "Se coloca agua extraída del grifo en un recipiente y se le calienta sobre los metales y la leña, hasta que las burbujas condescienden hirviendo". Para él, la imagen de quienes le visitaban era como si sus hijos se hubiesen multiplicado en diez y seis, o en veinte, o en cuarenta: de todos colores y sabores, incluyendo el miembro de un pueblo Zulú africano.

Al intentar ponerse de pie, los asistentes se precipitaron para tender una sábana de algodón en el pedazo de piso de adobe sobre el que el hombre procuraría caminar. El pueblo entero seguía a la expectativa, ansiando conocer los detalles sobre lo sucedido y la clave de lo que había convertido aquel hecho, no solo en algo probable, sino en la más increíble historia desde la fundación del país. Aun así, nadie entendía con precisión por qué el revivido seguía transformándose en carne descompuesta. Para cuando el mal olor entró a las casas y dormitorios, comenzó a discutirse públicamente cómo despojar al hombre de su aroma. Se acabaron las disputas políticas quijotescas y ningún otro asunto ocupó la atención en las cantinas. En realidad, en el mundo entero, desde los tiempos de Jesucristo, no se sabía de una historia como aquella, "...aunque esta tiene sus



diferencias", dijo el párroco del pueblo.

La familia quiso cancelar los gastos del sepelio, pero el dueño de la funeraria no aceptó, dejando entrever que solo si se revelaba el secreto de cómo resucitó podría realizar la devolución del dinero. Los habitantes se animaron; eran ya una masa camaleónica en creencias religiosas, víctima del fervor como de una emboscada dirigida por el espíritu de Agapito Treviño.

Horas más tarde, ocurrió otro misterio: la rodilla izquierda de cada ciudadano comenzó a transformarse adquiriendo un color verdusco y desprendiendo una fetidez que ni al alcalde se le ocurría qué decretar como medida de sanidad. Los perros se desprendieron de sus amarres para huir mientras algunos Hilacatas de tribus vecinas iban arribando con sus enfermos, y también con sus sanos: cargando con muertos desenterrados, aún en cajas, con la esperanza de revivirlos con el mismísimo te de la región: el que había sido, en vida, favorito del resucitado. Apenas comenzaron a cruzar el río detrás de la casona, los cajones transportados comenzaron a rebullir, y los vivos a renquear del pie izquierdo.

La muchedumbre comprendió el embrujo que estaba sucediendo, y vio el segundo misterio: sus pieles transparentándose al tiempo que se endurecían. Se propuso matar al viejo, volver a enterrarlo y además, quemar el sembradío de hierbanis. La muchedumbre encendió el bosque y ocurrió el tercer misterio: arrasaron con los eucaliptos y las azucenas, pero no con las ramas que creían malditas.

Fue entonces cuando un forastero que pasaba cerca, cabalgando un burrito,

escuchó la noticia: se acercó al bullicio y al fuego, no tanto alarmado como suspicaz ante lo que sucedía. No le fue difícil abrirse paso entre la multitud, que ahora huía, para llegar hasta la casona blanca. "Es el mito del Nuevo Año", le dijo a la mujer horrorizada, pero aún enamorada de su marido. "Hay que romper el hechizo", continuó hablando el del pueblo lejano, "y para ello es necesario el corazón más tierno de la comarca, para que pueda consolar al muerto, que en realidad no ha revivido, pero que sí le está costando dejar nuestro mundo; así continuó su discurso durante más de media hora. La mujer reconoció en el hablar del hombre, el olvido moderno en que se tiene a los mayas, a los persas y a los egipcios, y un saber sobre corazones humanos como los de una nodriza que encuentra a un recién nacido, a quien salva de entre el ronroneo de un gato y de las pirañas saliendo del río.

A la mañana siguiente, se ordenó celebrar un oficio religioso. Cada habitante fue recuperando la cordura junto con su caminar tranquilo y ocioso, tan regular en esas tierras. El resucitado efectivamente había vuelto por un dolor que se le había atorado, no solo en el corazón sino también en el estómago, como bola de cabellos enredados y grasientos dentro de la tubería, como hojas secas amontonadas en la alcantarilla, como huesos de pavo en el desagüe de una cocina. Como año viejo que se niega a morir.

Pero para la comunidad todo aquello fue milagroso. Justo al anochecer, el hechizo mágico que dañaba la salud y amor en la región, fue demolido, dispersado como aspirina de sal de uvas en un vaso de agua. Sucedió rápidamente, empleando varios otros brebajes combi-

nados con el original té de yerba de anís, y luego de una prolongada ida al baño de cada pueblerino.

Esa noche el Forastero recién llegado tomó al viejo, lo subió a su burrito, le hizo "pelos"; y él siguió su camino hasta asentarse por todo un año en el centro del pueblo.

### Palabras mudas bajo la tierra

Olga de León

No me gusta la gente que habla mucho, tampoco la que siempre está callada. Me gustan los que hablan cuando tienen algo que decir, también los que hablan por hablar solo para entretener y entretenerse.

Quiero aprender y escucho, y aunque poco sea lo que entienda, no pregunto: sigo en silencio: escucho. Algunas veces, nos forjamos con mentiras universales que es necesario desenmascarar: el viento nunca se lleva las palabras, ellas se quedan suspendidas en el aire o se caen a la tierra, se hunden, echan raíces cuando nadie las escucha. Y el tiempo corre o transcurre a paso constante. ...acaso la memoria no haga historia, o esta es el olvido repetido de los hombres y sus pueblos pobres, porque lejos de escuchar o hablar y de leer y escribir: parlotean, festejan, aplauden y sueñan sin recordar ni lo que sueñan, ni proponerse volver reales sus sueños.

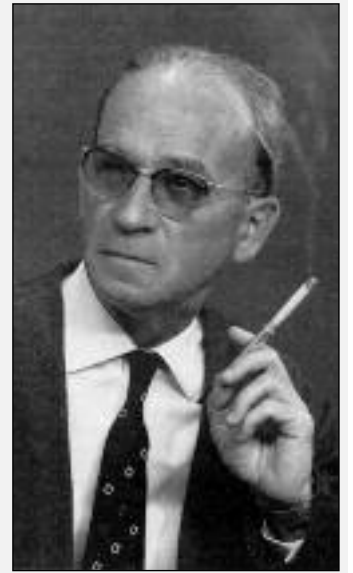
Qué culpa tiene la noche de ser oscura, aunque salga la luna. Los árboles esas mudas columnas que pululan en los bosques cargan en sus ramas tantos dichos, sueños y secretos... Mas los olvidamos, salvo cuando el sol intenso nos quema, entonces buscamos cobijo bajo su follaje, hasta que las palabras empiezan a caer encima como rocas que detendrán mares de lágrimas y angustias desoladas: porque nada se ha resuelto.

O quizás porque seguimos siendo ciegos, sordos, necios y muy poco creativos, menos aun arrojados e intrépidos.

Amo a la gente que habla con palabras mudas. A quienes solo observan y cualquiera los entiende, sin sonidos, señas ni palabras pronunciadas. Son los que han cumplido su círculo de sapiencia. Y callan mientras se van, porque otros llegarán para llorar por los días idos y festejar los que vendrán: aunque todo lo ignoren y no entiendan que tal vez su círculo no completarán.

Lo sabemos de toda la vida: un año morirá y otro nacerá. Un instante nos separará del ayer, miles forjarán el mañana, mientras vamos viviendo el presente: suma integrada de lo que fue y lo que aún no es... pero será.

Bienvenidas esperanzas y sueños: volvámoslos realidades para cada uno, y para el bien común: ¡no solo para el de siempre! ¡Bienvenido, 2018!



Pablo Sorozábal

Considerado uno de los más destacados compositores de sinfonías, óperas y zarzuelas del siglo XX, el español Pablo Sorozábal será recordado mañana, a 29 años de su deceso, ocurrido el 26 de diciembre de 1988, por la grandeza del espíritu que lo hizo encumbrarse desde el seno de una familia humilde.

Nacido en San Sebastián, el 18 de septiembre de 1897, Sorozábal estudió música en su ciudad natal gracias a la Sociedad de Amigos del País. Allí pudo formarse con Alfredo Larrocha y Manuel Cendoya.

Sus biógrafos destacan que fue niño cantor del Orfeón Donostiarra y que durante su infancia y juventud se ganó la vida tocando el violín en cafés y teatros.

Cuarenta que hacia 1914, en plena Primera Guerra Mundial, ingresó a la Orquesta del Gran Casino de San Sebastián, y en 1919, cambió su lugar de residencia a la capital española para convertirse en violinista de la Filarmónica local.

Su actividad lírica, destaca el sitio "Biografías y vidas", inició años más tarde, con el estreno de "Katuiska" (1931), a la que siguieron "La isla de las perlas" (1933) y "Adiós a la Bohemia" (1933). Un año después estrenó "La del manojito de rosas" y "No me olvides", que le valieron la fama, mientras que "La taberna del puerto" resultó su más resonado éxito.

Aunque lo distinguió su labor sinfónica también tiene en su haber composiciones de cámara y obras como "Capricho español, suite Vasca". Se dice que su postura liberal lo mantuvo un tanto al margen.

Lo siguiente que se sabe es que en 1952 le retiraron la dirección de la Orquesta Sinfónica de Madrid, cuando le impidieron tocar "La Sinfonía Leningrado", de Schostakovich. Falleció en esa ciudad, el 26 de diciembre de 1988.

La crítica lo ha considerado un compositor de estilo ecléctico, que recibió influencias lo mismo de Debussy que de Puccini, de Walton que del musical de Hollywood. Su legado es abundante y puede ser consultado en páginas biográficas como la enciclopedia colaborativa wikipedia en línea.

Sorozábal tuvo un hijo que llevó el mismo nombre y que también fue compositor, aunque de él no hay mayores referencias en línea.

ad pēdem literae

"¿Qué hace falta para ser feliz? Un poco de cielo azul encima de nuestras cabezas, un vienteillo tibio, la paz del espíritu"

André Maurois

Letras de buen humor

"El vino es la prueba de que Dios nos ama y ama verdaderamente felices."

Benjamin Franklin

Joana Bonet

## Emojilandia

Formo parte de esa escasa minoría que no utiliza emojis para comunicarse, aunque en absoluto los desprecie. Su alcance es gigantesco, llegando a empujar la hegemonía del inglés. Para algunos, vienen a representar el lenguaje corporal en la era digital: muñequitos hiperexpresivos capaces de inferir matices emocionales a la escritura precipitada, desprovista de la inflexión necesaria para interpretar algo tan básico como simpatía o antipatía. Pero, por mucho que me manden el morrito fruncido con un corazón, yo sólo me siento besada virtualmente si leo "un beso". ¿Qué podría decir del vigoroso bíceps hinchado que, lejos de reconocimiento, suena a chanza porque los esfuerzos a los que suele referirse nada tienen que ver con el sudor? O de esa palmada con vibraciones azules que ni de lejos suplirá el goce de leer "¡bravo!", palabra ancha y universal como pocas.

Las atropelladas relaciones sociales no sólo se apoyan, sino que se estructuran hoy a través de una pantalla de teléfono. Entre quienes me envían emojis,

destacan una profesora de universidad, un médico, una señora de 76 años, un poeta, una antropóloga, un agricultor y casi todos los menores de 40 con quienes me relaciono. Hay que reconocer que algunos emoticonos contienen un campo semántico bien atractivo, como el Travolta o la flamenca, que lleva la alegría de los lunares y las castañuelas allende los mares, pero, por lo general, son una forma trivial y a la vez aséptica de comunicar emociones. Es curioso recordar su origen: según contaba Fred Benenson en la revista Slate, fueron añadidos al sistema operativo IOS 5 con la intención de que sus usuarios pudieran tener conversaciones más largas. Pero, en un efecto bumerán, se logró todo lo contrario: excusar la pereza mental que muchos sienten al buscar la palabra exacta.

Para los más papistas, su expansión es alarmante, una afrenta al lenguaje normalizado justo cuando el analfabetismo parecía casi erradicado. Ahora, termina el año y la RAE informa de que la palabra más buscada en su diccionario ha



sido haber. La explicación no es existencial, sino tristemente ortográfica. A pesar de que un puñado de ridículos resistentes nos opongan a los modernos pictogramas, algunos investigadores, como el lingüista Vyvyan Evans, nos recuerdan que el 70% de nuestras interacciones diarias tienen que ver con el lenguaje no verbal. Nos expresamos a través de

gestos y señales que, lejos de ser sostenidos por la palabra, la completan. Y puede que en tiempos de posverdad esté más devaluada que nunca, pero ahí va un dato imbatible: las caras felices representan casi la mitad del uso de emojis, mientras que los gestos tristes y enojados no llegan al 15%. La contrariedad sí tiene quien le escriba.